

gloria y cuánto honor no dieron á este suelo? ¿qué dias de gozo, de engrandecimiento y de verdadera felicidad no disfrutó la Iberia bajo el reinado de unos monarcas tan piadosos como los Recaredos, Alfonsos y Fernandos? El alma se engrandece al contemplar lo que fué España en aquellos dias, en que la Religion era la norma, el tipo de nuestra legislacion y de nuestras costumbres.

Gran Dios! ¿y estos ejemplos serán inútiles al siglo XIX? Llegue, Señor, el dia en que los que rigen los destinos de nuestro país, se persuadan íntimamente de que la Religion y sola la Religion puede hacernos verdaderamente felices. Conozcan que no hay otro medio de tener orden, prosperidad y garantías sociales, que el hacer observar escrupulosamente las leyes divinas, sin las que nunca llegarán á tener toda su fuerza y vigor las humanas. Y aprendan por último, que una reprobacion inevitable debe ser el término de los pueblos que se apartan de Jesucristo, y combaten su Religion sacrosanta, así como por el contrario los que, cual ovejas del eterno Pastor, le siguen fielmente y acatan sus divinas máximas, serán siempre felices y bienaventurados: *Et statuet oves quidem à dextris suis, hoedos autem à sinistris.*

SERMON.

LOS TEMPLOS SON DIGNOS

DE TODA VENERACION.

PARA EL MÁRTEZ DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis illam speluncam latronum.

Mi casa se llamará casa de oracion, mas vosotros la hicisteis cueva de ladrones.

S. Mateo, c. 21. v. 13.

Así como debemos á Dios el amor mas perfecto, por ser infinita su bondad, así le debemos el honor mas grande, por ser infinita su excelencia. Aquel pertenece á la virtud de la caridad, este al de la religion; pero el Señor exige de nosotros con la mayor escrupulosidad el cumplimiento de uno y otro.

La religion es una virtud que nos mueve á reconocer en Dios una majestad infinita, un dominio absoluto sobre todas las cosas, y un poder supremo é ilimitado para disponer de ellas cómo y cuándo le plazca; títulos que nos obligan á tributarle el mayor de todos los cultos, honrándole y adorándole con una extraordinaria sumision, y manifestándole nuestra gratitud por los beneficios que á cada paso nos dispensa. Y como sea igualmente dueño y criador de nuestra alma que de nuestro cuerpo, de aquí es que exige nuestras adoraciones por los dos concep-

(1) Para el mismo dia hay otro sermon en la pág. 332 del tomo tercero de los de *Mision*, casi del mismo asunto, y sobre él versa tambien el de Santander que se halla en la pág. 315 de dicho tomo.

tos. Este es precisamente el origen del culto interior y exterior, que constituye la esencia de la Religion.

Mas, ay! esta virtud que produjo en otro tiempo tantos héroes, que con tal profusion tiñó de sangre inocente la superficie de la tierra, y llenó el cielo de almas bienaventuradas, ha desaparecido de entre nosotros, sucediendo en su lugar la mas vil y detestable hipocresía. Cubiertos con el falso exterior de la Religion, que estamos bien distantes de profesar de buena fe, adoramos á Dios con los labios, al propio tiempo que le despreciamos con el corazon. En extremo supersticiosos como los escribas, todo el fondo de nuestra religion se reduce á meras exterioridades, y solo podria conocerse que somos cristianos, porque una vez á la semana venimos al templo de Jesucristo á formar parte con los verdaderos fieles.

Que venimos al templo, he dicho? ¡Ojalá que hasta de esta ceremonia nos abstuviéramos, puesto que es un signo falaz é hipócrita con que tratamos de ocultar nuestra irreligion é impiedad! Porque decídme, ¿qué espíritu nos anima al entrar en la casa del Señor? ¿Con qué intencion venimos á este lugar sagrado, en que el Dios verdadero, el Señor de toda la naturaleza quiere ser honrado de un modo especial? ¿Qué ideas ocupan nuestra imaginacion el tiempo que estamos en él? ¿Qué propósitos formamos para cuando regresemos á nuestras casas, á la compañía de nuestros amigos, al cumplimiento de nuestros deberes? ¿Nos penetramos del respeto y veneracion que se merece, de la compostura que debemos observar en él? Lo consideramos como lo que es, ó lo convertimos impiamente, como los judíos, en cueva de ladrones, en expresion del mismo Jesucristo?

En el discurso de mi oracion examinaremos todas estas cuestiones, aunque de paso, por no molestar vuestra atencion. Pidamos al Padre de las luces me dispense las que necesito, para explicarme de modo que podáis todos entenderme, y decidiros á respetar como es debido su santa casa, comprometiendo en favor nuestro á su castísima Esposa y templo vivo del divino Jesus. *Ave Maria.*

El Señor, que sin necesidad de criatura alguna produjo tantas, para manifestar y hacer extensiva su bondad, determinó

ser adorado de los hombres para hacerles tener siempre presente su poder inmenso y su majestad infinita, sin que pueda decirse por eso que necesita sus adoraciones; y pudiendo haberlos obligado á que emplearan todos los momentos de su vida en el ejercicio de la Religion, atendiendo no obstante á las necesidades á que se hallan expuestos, eligió y destinó expresamente algunos tiempos y lugares, como dueño absoluto que es de todos ellos. Y ved ahí en solas dos palabras el destino que tienen las fiestas y los templos. Inútiles son por tanto las disputas de los ignorantes y las opiniones de los que se suponen instruídos: los templos están consagrados expresa y únicamente para dar á Dios en ellos el honor y el culto que le son debidos; por lo que, cualquier otro empleo que se les dé, es contrario á su institucion. El Señor los reservó exclusivamente para sí, y seria un crimen horrendo el tratar de robárselos. En ellos habita particularmente en la tierra; en ellos recibe el agradable incienso de nuestras oraciones y sacrificios; en ellos derrama á manos llenas sobre los cristianos los tesoros inapreciables de su amor y de su omnipotencia; en ellos le adoran postrados los ángeles; en ellos cantan incesantemente sus alabanzas los serafines; en ellos...; pero qué mas puedo decir? El templo es el palacio principal que Dios habita en este mundo, no solo de un modo invisible y puramente espiritual, sino tambien bajo las especies sacramentales en que se deja percibir de nuestros sentidos. Oh! y con cuánto mayor fundamento que Jacob, podemos decir á los cristianos: *verdaderamente reside en este lugar santo la majestad de Dios: cuán terrible es este sitio! Esta es la casa de Dios y la escalera ó puerta del cielo* (1). ¡Con cuánto mayor motivo que Moises deberemos exclamar, que *no hay en toda la redondez de la tierra nacion alguna tan grande y esclarecida que tenga tan próximos y accesibles sus dioses, como nosotros tenemos el nuestro en los templos!* (2)

Con efecto, ni aún el de Salomon, que justamente atrajo por su celebridad la admiracion de todo el universo, puede ni debe ser comparado con los nuestros, pues nada contenia sino una débil sombra, una figura imperfectísima de aquel Dios grande que habita en los nuestros real y verdaderamente. Al contemplar esta sola circunstancia mi entendimiento se confunde, y

(1) *Gen. c. 28. v. 16. et 17.* (2) *Deut. c. 4. v. 7.*

de la innumerable multitud de ideas que le ocurren, ni acierta ni es capaz de elegir, porque todo cuanto desecha, le parece lo mas á propósito para el asunto propuesto. Mis labios no se acomodan á proferir mas que estas expresiones: *Dios habita en esta casa, este es el palacio del Señor, esta es la puerta, la entrada del cielo.* Inferid vosotros, ¡qué espíritu de devoción, qué sentimientos de humildad, de penitencia, de amor deben animar al cristiano recogido en el templo!

Los judíos, aunque carnales, groseros y propensos á la idolatría, se desprenden con tanta generosidad y profusión de todas sus alhajas é intereses para la construcción del tabernáculo, que Moisés se ve precisado á prohibir por una orden expresa, que se ofrecieran nuevos dones (1); sin duda porque ocupados los artífices en la recolección del oro y la plata, no podían trabajar un momento en aquel. Concluido ya el tabernáculo, ninguno tenía la osadía de acercarse al lugar en que estaba oculta la gloria del Señor, y aún el sumo sacerdote solo entraba una vez en el año, previas unas purificaciones y disposiciones las mas escrupulosas. Los turcos en sus mezquitas, los idólatras en sus pagodas, los cristianos en los palacios de sus monarcas y en las casas de los grandes, observan siempre la mayor compostura, humildad y modestia. Los gentiles, dice san Justino, jamás entran en sus templos sino con los pies descalzos y poseídos de terror. Apenas entran, dice hablando de los mismos el Crisóstomo, se conducían como si vieran pintada en las paredes la imagen del silencio. Y ¿necesitaremos los cristianos que se nos exhorte á venerar los nuestros? El Apóstol manda, que las mujeres estén en el templo con el mas profundo respeto, y con la cabeza cubierta por consideración á los santos ángeles que circulan en gran número por todo su ámbito (2). En otro lugar (3) ordena, que los cristianos hagan siempre las oraciones con las manos levantadas al cielo. Y ¿con cuánta mas razón deberemos hacerlo así en el templo, donde el sacerdote en nombre de la Iglesia advierte que todos debemos elevar al mismo punto no solo las manos sino tambien nuestros corazones, y no da principio al tremendo sacrificio, hasta que todo el pueblo le contesta que ya tiene puesta en el Señor toda su atención? En esto, dice muy bien el Crisóstomo, se nos da á entender que no han

(1) *Exod. c. 36. v. 6. et 7.* (2) *I. Cor. c. 11. v. 10.* (3) *I. Tim. c. 2. v. 8.*

de entrar con nosotros al templo los cuidados del mundo, que no han de ocupar nuestro corazón los negocios de la tierra, que no es este el lugar á propósito para tratar con las criaturas, y que no se nos permite abrir la boca sino para hablar con el Señor y bendecirle.

En esta suposición ¿cuál os parece que deberá ser contra nosotros su ira é indignación, cuando reunido el pueblo para cantar sus alabanzas, dirigiendo el sacerdote, acompañado de tanta multitud de ángeles, las oraciones mas fervorosas, ofreciendo el Unigénito de Dios el precio inestimable de su sangre, de su vida, de su divinidad para remedio de nuestra miseria, tenemos nuestro corazón distraído en la nada del mundo, manifestando el mas impío desprecio, llamamos hácia nosotros la atención de nuestros hermanos ostentando una insolente osadía, y acaso estamos pisando con una sacrilega ingratitud la sangre preciosísima que derramó el Redentor por nosotros, y ultrajando su divinidad sacratísima? Pero vosotros, mas groseros aún que los judíos, no sois capaces de conocer la indignación que le causan al Señor estas irreverencias, si no se os hacen presentes los castigos tan horrorosos que ha impuesto á los profanadores de su santa casa. ¿Quién no se estremece, al ver que este es el único pecado que él mismo castigó con sus propias manos? La soberbia de nuestros primeros padres, la corrupción general del mundo, las infandas impurezas de los habitantes de Sodoma, la sacrilega idolatría de los hebreos, los crímenes mas enormes han sido castigados en todos tiempos por medio de las criaturas. El agua, el fuego, el rayo, Moisés, los ángeles han sido los ejecutores de la divina justicia; pero cuando es profanado el templo de Jerusalem, el mismo Jesucristo, cambiando en furor la humildad y mansedumbre que enseñaba y practicaba con tanto celo, tiró por el suelo las mesas, arroja el dinero, toma en sus manos el azote, y acometiendo á los profanadores los hace huir de allí diciéndoles, animado de un santo celo: *mi casa es casa de oración, y vosotros queréis hacerla cueva de ladrones.* Y ¿cuál os parece que sería el pecado de aquellos que con tal severidad experimentaron la reprensión y el castigo de Jesucristo? No era otro, segun la misma Escritura, que vender los animales que habían de inmolarse para los sacrificios, no en el templo, sino en el atrio; no en el templo de los cristianos, sino en el de los judíos; no en el tiempo en

que se estaban ofreciendo los sacrificios, sino mucho ántes. Y ¿nosotros en lo mas interior de nuestros templos, al pié de nuestros altares, en el instante mismo de ofrecer el mas adorable de los sacrificios... Ay! mis labios se resisten á declarar tan escandalosos sacrilegios. Vosotros lo sabéis muy bien, y yo me avergüenzo de saberlo.

El Señor tuvo á bien conceder á san Juan Crisóstomo, para su consuelo, la gracia de ver los innumerables ángeles que con la mayor solicitud discurrían por el templo, presentándole las oraciones de los hombres, y poniendo en manos de los hombres los beneficios que él les dispensaba; y á mí por desgracia me estaba reservado ver... lo diré? Y por qué no? ¿de qué me serviría ocultarlo á los mismos que lo practican? Yo veo una multitud de demonios, ocupados en impedir por todos los medios posibles que los hombres dirijan al Señor las mas humildes peticiones, y que Dios prestando benigno sus oídos se decida á concederles las gracias que solicitan. Yo veo, repito, ocupados en esta accion tan perversa muchos demonios. Y á la verdad ¿son otra cosa esos hombres impíos que entran en la Iglesia, con ménos miramiento y compostura que en un establo ó habitacion de bestias? ¿Puede darse otro nombre á esos pantomimos, que con sus gracias diabólicas llaman la atencion de los que saben apreciar el respeto y veneracion que se merece este lugar sagrado? ¿No son verdaderos satélites de Lucifer esos jóvenes atolondrados, que con mengua de la Religion y del cristianismo, vienen solo á ocuparse á las puertas del templo y dentro de él en esas diversiones profanas, en esos juegos que se tendrían por imprudentes aún en un teatro; y esto precisamente al tiempo mismo que nuestra madre la Iglesia les recuerda la dolorosa pasion y muerte del divino Redentor? ¿No son aún peores que demonios esos impíos... No quiero, Señor, traer á la memoria los pensamientos impuros, las miradas lascivas, las conversaciones deshonestas, las citas sacrílegas, las acciones... Dónde voy? ¿qué van á proferir mis labios? Si hablo con sacrílegos de esta naturaleza, ¿qué conseguiría con recordarles lo que no los horroriza, ni aún les disuena, por haberse familiarizado con todo género de sacrilegios? ¿Qué respeto y veneracion espero conseguir de ellos para vuestros templos? ¿Podré persuadirme que las mujeres se resuelvan á cortar desde ahora para siempre esas largas conversaciones, que sostienen como si estuvieran en un

estrado? ¿que abandonando los hombres la abominable costumbre de entrar corriendo ó á paso precipitado, como si fueran por las calles, sin arrodillarse delante del sagrado tabernáculo, sin hacer siquiera la señal de la cruz, sin dar el mas leve indicio de su Religion, se decidan á variar de conducta y dar á vuestra casa la veneracion que se merece? á temerla y respetarla como entrada de la corte celestial?

Pero, ay! yo no puedo persuadirme de esto: el mal es muy inveterado; ha echado hondas raíces, y se extiende por todas partes. Los signos de la indevacion pasan á verdaderos desprecios, á insultos sacrílegos á la majestad infinita del Santo de los santos. Vosotros estáis viendo continuamente á algunos que en lo mas esencial del sacrificio, al tiempo de la consagracion se sientan á divertirse y distraer á los demas, y aún se retiran á puntos donde ni puedan ver, ni ser vistos, manifestando en esto que no creen la existencia real del Hombre-Dios en aquel adorable sacramento. Vosotros (séame permitido hacer esta observacion, aunque no pertenece directamente al asunto principal), veis que cuando este Dios sacramentado se digna salir de su casa por el pueblo, á dar á los hombres las mayores pruebas de su amor, léjos de acompañarle y volver á su sagrada casa, huyen muchos acelerando el paso, corriendo á tomar otra calle, por no arrodillarse, ni descubrir la cabeza, como si no estuvieran obligados á tributar este sagrado homenaje al Rey soberano de los cielos. Impíos!!! qué idea tenéis de su majestad infinita? Juzgáis que en volviéndole la espalda, no puede conocerlos? Creéis ocultaros á su vista en acelerando el paso? ¿Suponéis indigno de vuestras adoraciones ese augusto sacramento, á cuyo nombre se postran no solo los hombres sino los brutos, los ángeles y los mismos diablos? ó queréis exceder á estos en vuestra irreligion é impiedad? ¿Qué conocimiento tenéis, ó qué idea formáis de su excelsa majestad, de su poder infinito, de su eterna sabiduría, de su absoluto dominio? Sin duda os le figuráis ciego é ignorante, para profanar sus templos y creéis engañarle con la mayor facilidad.

Los piadosos emperadores Teodosio y Valentiniano determinan en honor del templo de los cristianos, que á ningun malhechor por grave y horrendo que sea su delito se le pueda prender ni castigar en refugiándose á él: ellos mismos no se resuelven á entrar, sin despojarse primero de todos los distintivos de

su grandeza y majestad, y aún así no se atreven á acercarse al sagrado altar sino al tiempo de ofrecer sus oblacones; ceremonia que acompañaban con la humildad mas profunda y respetuosa. Tal era la veneracion con que miraban estos príncipes la casa del Señor. Y nosotros, hombres despreciables, no hallamos diferencia alguna entre el templo y la plaza; estamos en esta con sumo placer, con estremado gusto, y en aquel con la mayor violencia é inquietud. Los ministros de Dios nos vemos en la dura precision de acelerar los oficios divinos, hacerlos sin reverencia, sin circunspeccion, sin preparativos, quebrantando todas las rúbricas, por no fastidiaros y alejaros del templo, aunque acaso valiera mas que no vinierais á él. De aquí se sigue que el Señor, como él mismo lo dice por su profeta (1), abomina nuestras solemnidades, detesta y llama embusteras nuestras fiestas, aborrece como hipócrita nuestro culto, desecha como supersticiosas nuestras oraciones, niega lleno de indignacion cuanto le pedimos, como no sea algun beneficio temporal que, cegándonos cada vez mas, nos aleje mas tambien de sus eternas misericordias en justa recompensa de nuestros desórdenes. Del sacrilego desprecio que hacemos de la casa del Señor, resulta la mayor parte de los males que nos aquejan: piérdese la confianza, olvidase la oracion, la Religion se desacredita, pierde su esplendor, es despreciada, aborrecida, insultada, se la obliga á huir á otras regiones, en donde le dispensen mas favorable acogida.

Venid, amorosísimo Jesus, venid á remediar tamaña desgracia, á librarnos de los males que nos amenazan. Si para esto es necesario, tomád en vuestras manos el azote, y descargád sobre nosotros desapiadados golpes. Aquí hay una multitud de ladrones profanadores de vuestra casa; ladrones que os roban el tiempo, el culto, la adoracion que se os debe por un derecho incontestable; ladrones que os niegan y usurpan lo que es vuestro, como si ningun dominio tuvierais sobre ello. Descargád sobre ellos el azote de vuestra indignacion. Puesto que por su culpa se disminuye vuestro culto, se entibia vuestra Fe, se profana vuestra casa, huye de nuestro suelo vuestra Religion, descargád sobre ellos la pesada mano de vuestra justicia. Animado en parte de aquel celo que os hizo tomar el látigo pa-

(1) *Isai. c. 1.*

ra arrojar á los profanadores del templo de Jerusalem, no extrañéis que os pida todo lo contrario á lo que os pedian vuestros profetas, y desean vivamente estos detestables sacrilegos. Si os demandan á grandes voces la lluvia, hacéd que se sequen hasta los mares; si os piden la serenidad, enviádes el trueno, el pedrisco, el rayo, la inundacion; si os suplican que concedáis abundantes frutos á la tierra, enviád la esterilidad mas espantosa; si os piden la salud de sus enfermos, hacéd que la muerte extienda su inexorable guadaña aún sobre los sanos y robustos. Nada os detenga: caiga sobre ellos el azote de vuestra ira: hacédes conocer á despecho suyo que queréis ser honrado, obedecido, adorado; que tenéis un derecho inviolable para exigirlo; que sois su Dios y ellos vuestras criaturas; que todo os lo deben, porque todo es vuestro, porque sobre todo tenéis un absoluto dominio. Ábranse por último sus ojos á fuerza de golpes, ya que no han sido suficientes á abrirlos tantos favores y gracias. Vean que nada son sin vuestro socorro, que nada pueden sin vuestro auxilio, que nada valen sin vuestra gracia, que nada tienen sin vuestra liberalidad, que nada consiguen sin vuestra Religion. Préstense á los golpes de vuestra justicia, ya que se han negado á los penetrantes gritos de vuestra misericordia. Aprendan, como los judíos, á apreciar lo que vale vuestra santa casa por el rigor, pues no han sabido apreciarlo por las exhortaciones de vuestros ministros: así temblarán en vuestra presencia y conocerán que vuestra casa no es cueva de ladrones, sino lugar de oracion y puerta del cielo. Así se volverán á vos suplicándoos que cesen vuestros rigores, y conociendo que esto no es posible, si no cesan igualmente sus delitos, se decidirán á detestarlos, á mudar de vida, á satisfacer á vuestra infinita justicia y á respetar vuestro santo templo, como entrada que es para la bienaventuranza. Amen.